



*Victoria Gómez,*  
Presidenta de honor de la UMER

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Maquetación: A.D.I. Pza. de Argüelles, 7. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

# Homenaje a Victoria

## RECUERDO

### Fidel Revilla

*Buenas tardes, gracias por vuestra asistencia.*

*No va a ser una tarde fácil. Emociones, sentimientos y recuerdos se van a ir sucediendo durante las intervenciones. Es posible que en algún momento nos ahoguen un poco. Respiraremos profundo y seguiremos adelante.*

*Hace solo dos años, al comenzar el curso, Victoria, nuestra Presidenta de Honor y fundadora de la UMER con Palmira Arnáiz, aun se sentó en esta mesa. Su imagen era la de la Secretaria permanente de la UMER: atenta, con su cuaderno de notas, con su casete para grabar las conferencias hasta hace pocos años, con su mirada azul y su escucha silenciosa. Con su cabellera de color cernada, siempre bien arreglada, con su cara sonriente y sus labios pintados, el collar y los pendientes adecuados, y su bastón. Siempre con ganas de saludar y de hablar, también de escuchar a quienes antes y después de cada conferencia se acercaban a ella para decirle cualquier cosa o preguntarle por su salud. Esa era Victoria Gómez, la figura perenne y permanente de la UMER, la que consiguió aglutinar a unas cuantas personas que han dado continuidad a esta iniciativa.*

*Los dos últimos cursos casi no ha podido venir, su salud física se fue deteriorando, su fuerza se fue apagando hasta que el 19 de junio, (pocos días después de terminar el curso de la UMER) se fue sin ruido y sin molestar. Sin darnos tiempo a despedirla porque, generosamente, había donado su cuerpo a la ciencia. No pudimos reunirnos en ese momento en su entorno.*

*Hoy queremos recordarle, aquí, en el lugar al que ella acudió durante 21 años, cada lunes primero y cada jueves después, para acompañar a cada conferenciante, para aprender de lo que aquí se decía, para tomar notas atentamente, para saludar y hablar con las personas que conocía desde hacía tiempo y que habían compartido el inicio de esta Asociación y su caminar lento durante muchos años.*

*Queremos hacer un acto entrañable, cariñoso, nada triste, porque a ella no le gustaría que lo fuese. Vivió muchos años, casi todos con lucidez y buena salud, disfrutando de las amigas y amigos que le había proporcionado la UMER, que para ella era su vida, según decía. Disfrutó durante largos años, en las reuniones de los martes en la calle Abada, del trabajo y de la compañía de sus amigas jugando al rummikub.*

*Vamos a combinar en este homenaje palabras y música, dos de las cosas que a Victoria más le gustaban.*

*Miren de Felipe, nieta de Palmira, de sobra conocida por todos nosotros, va a interpretar la Nana, una de las Siete canciones populares de Falla que a Victoria le gustaba.*

(Actuación de Miren)

*En el cuaderno nº 50, en el que escribimos muchos de los socios de la UMER, escribió Victoria: “Nací en Maliaño de Camargo, pueblo muy cercano a Santander, en la primavera de 1921. Mis padres, José y Casilda, castellanos de Burgos, eran maestros, y Maliaño fue el primer pueblo donde ejerció mi padre en propiedad. Allí llegaron recién casados. También les acompañaba mi abuela materna, Victoria.*

*La escuela era graduada con tres maestros, sin embargo, la de las niñas, unitaria con una sola maestra, era húmeda, con malas condiciones de higiene y tenía además el inconveniente de estar alejada de dónde vivíamos”. Continúa el relato...*

*La persona de la UMER que mejor conoció a Victoria con una relación familiar intensa y duradera es Paco Acebes. A él le cedo la palabra para que desgrane unos cuantos recuerdos sobre ella. Quiero agradecerle de antemano su esfuerzo, sé que le ha costado, pero nadie mejor que él podría hablarnos de nuestra Presidenta de Honor.*



## NUESTRA AMIGA NENITA

### **Paco Acebes**

Dos personas mayores, de 76 y 71 años, pero jóvenes en ilusiones, Inés Palmira Arnaiz, Doctora en Filología, y Victoria Gómez, antigua docente, se propusieron en 1992 crear una “atípica” universidad –así la definieron- que ofreciera a las personas mayores un lugar de encuentro intelectual y social. Se inspiraban en experiencias conocidas en otros países europeos y pretendían que sus alumnos no fueran meros oyentes, sino que también ofrecieran sus valiosas experiencias para fomentar la convivencia. Una universidad abierta, con la menor cuota de matrícula posible, para que estuviera al alcance de todos, sin requisitos de titulación, ni controles escritos, ni exámenes, cuya única exigencia fuera la curiosidad intelectual y el ánimo de continuar aprendiendo.

Palmira y Victoria no tenían un duro, pero sí el tesón y la voluntad de lograr su sueño. Se movieron por todas partes buscando y rogando apoyos; expusieron sus planes con tal convencimiento que lograron interesar a personas importantes de la cultura como Pedro Laín Entralgo –autor de la primera conferencia publicada, “Hablar y callar”, Cuaderno UMER nº 1- , Enrique Miret Magdalena, Joaquín Ruiz Jiménez, Margarita Salas o el padre Díez Alegría, así como el apoyo de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y los de las universidades Politécnica y Complutense y, más tarde, del IMSERSO. Vencidas todas las dificultades, nuestras heroínas fundaron la UMER en enero de 1994 con Palmira como Presidenta, Victoria como Secretaria y Laín Entralgo como Presidente de Honor. La primera conferencia, “Familia y crisis de la sociedad”, fue ofrecida por Miret Magdalena el 21 de noviembre de 1994.

A modo de anécdota diré que, recién jubilado, Victoria me invitó a participar en una de las primeras reuniones fundacionales que se celebró en 1993 en el Ateneo de Madrid. Y confieso que aquel proyecto me pareció tan imposible, tan utópico, que no asistí a más reuniones. Nunca he celebrado más haberme equivocado.

Nosotros tuvimos la fortuna de conocer a Victoria en Beirut, El Líbano, en julio de 1961. Los escasos miembros de la colonia española nos reuníamos en su casa muchos domingos a revivir nostalgias con la inolvidable Mamá Sinita, ma-

dre de Victoria y, por extensión, madre de todos. El marido de Victoria tocaba el violín y Victoria, a quien todos llamábamos Nenita como sus padres, el piano. Yo, poco dotado para las artes, hacía de churrero. Éramos jóvenes, recién casados y felices. Sólo permanecimos 15 meses destinados en Beirut pero Carmina y yo coincidimos en que fue el mejor año de nuestras vidas. Y en tan poco tiempo se fraguó una amistad que duró 56 años, y que ahora se continúa en las familias.

Hemos tenido el privilegio de mantener esa estrecha amistad hasta su fallecimiento. A pesar de los miles de kilómetros de distancia por mis traslados, nuestra primera visita al regresar de vacaciones a Madrid era siempre a su casa. Tras jubilarme, Victoria participaba en nuestras reuniones familiares como un miembro más de la familia.

Victoria era un ser extraordinario. Hija y madre abnegada, bondadosa y dispuesta siempre a ayudar a los demás. Su infancia feliz se vio truncada por la cruel guerra civil. Tuvo que exiliarse junto a su madre a Francia, donde conoció las penurias de los campos de refugiados de las playas francesas transformados en campos de concentración; el horror de la condena a muerte y fusilamiento de su querido padre, un hombre bueno, director de un colegio transformado en hospital de guerra, que eligió no abandonar a los heridos a su cargo, en vez de tomar el camino del exilio, cuando las tropas rebeldes se acercaban a Santander. Ese acto de humanidad le costó la vida.

Al regreso a España de Victoria y su madre, varios años después, se le retiró a su madre la titulación de Magisterio, única herramienta para ganarse la vida. Salieron adelante con dificultad; sin embargo, nunca, en tantos años de amistad, escuché a Victoria una palabra de odio hacia nadie.

La UMER fue el premio a su ilusión docente; vivía intensamente su desarrollo y le dio ese sentido de cordialidad que la caracteriza. No faltaba una tarde; con su pelo blanquísimo, muy bien peinada, presidía o copresidía las conferencias. Al principio llegaba en el metro; más tarde, cuando perdió movilidad, venía en taxi o en el coche de alguna asociada; luego, se apoyaba en un bastón, soportaba los crecientes dolores, tuvo que recurrir al brazo de su cuidadora... pero siempre estaba ahí con su sonrisa bondadosa. Hubiera dado todo por la UMER, aunque ella decía siempre generosamente que había recibido mucho más de la UMER de lo que la había dado.

Cuando ya no podía venir y la visitábamos, se le iluminaba la cara cuando le hablábamos de las últimas publicaciones o de los últimos viajes que habíamos hecho con la UMER.

Nos ha dejado un ser verdaderamente excepcional. Descansa en paz, querida Nenita.



*Son muchos, centenares, los profesores que a lo largo de todos estos años han intervenido en la UMER, aquí hoy están algunos. Feliciano Páez-Camino lleva, desde 2006, impartiendo una conferencia por curso, publicándolas en nuestros cuadernos y es, además, socio de la UMER. Nos ha parecido que sus palabras pueden representar a todas las personas que, generosamente, vienen a este salón, cada jueves, a compartir sus conocimientos con nosotros. Gracias Feliciano, muchas gracias por tu disponibilidad.*



## EN MEMORIA DE VICTORIA GÓMEZ

### **Feliciano Paez-Camino**

Mi conocimiento de Victoria Gómez es más tardío y menos constante que el de muchos de los aquí presentes. No obstante, desde mi primera conferencia en la UMER, a comienzos de 2006 -en aquella ocasión hablé del Madrid de la Segunda República- y a lo largo de las siguientes que he venido realizando al menos una vez cada año, siempre disfruté de la cordial acogida de Victoria, subrayada por el brillo de su sonrisa y de sus ojos, y refrendada por la armónica combinación de su cuerpo frágil y su sólida personalidad.

Mientras yo hablaba en esta grata tribuna, la tenía siempre sentada a mi derecha, a menudo tomando notas, con una discreta interrupción a la hora de dar la vuelta a la cinta del casete. Alguna vez, cuando la miraba de soslayo, percibía que ella, sin abandonar del todo su luminosa sonrisa, asentía suavemente a lo que escuchaba, lo que no dejaba de reconfortarme.

Aprecié toda la importancia de esa presencia cuando, en mi última intervención aquí, en noviembre del año pasado -precisamente para hablar de las primeras diputadas españolas- Victoria ya no estaba a mi lado. Noté entonces todo el peso de su ausencia. Porque ella formaba parte de esas personas enriquecedoras cuya presencia impulsa y cuya ausencia pesa. Un peso que siempre será más liviano, en tanto sepamos revivirla en el recuerdo.

Voy a decir, en recuerdo de Victoria, la primera parte del “elogio” que Antonio Machado escribió sobre don Francisco Giner de los Ríos. El poema está fechado en Baeza, en cuyo Instituto Machado enseñaba Francés, el 21 de febrero de 1915, es decir, apenas tres días después de la muerte de aquel a quien el poeta llamaba su maestro.

Ni Machado ni Giner, que forman parte de nuestro más fértil patrimonio cultural, necesitan aquí presentación. Me permito recordar, con todo, que el fundador de la Institución Libre de Enseñanza es una referencia esencial para quienes, como Victoria, han defendido una educación desprendida de dogmas y sermones y han promovido una cultura cívica alejada del cultivo de tópicos y fronteras.



En este poema, Machado acuña algunas de sus más hondas fórmulas expresivas: ese constructivo, y hasta consolador, “duelo de labores y esperanzas”; el alma como un contagioso espíritu creador: “sed lo que he sido entre vosotros: alma”; la pervivencia entendida como huella vital en el hermoso verso “lleva quien deja y vive el que ha vivido”; y esa reivindicación conclusiva de los sonidos del trabajo de la fragua frente a otras estridencias devotas: “¡Yunque, sonad; enmudeced, campanas!”.

Dicen así sus catorce primeros versos:

*Como se fue el maestro,  
la luz de la mañana  
me dijo: Van tres días  
que mi hermano Francisco no trabaja.  
¿Murió?... Sólo sabemos  
que se nos fue por una senda clara,  
diciéndonos: Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
Vivid, la vida sigue,  
los muertos mueren y las sombras pasan,  
lleva quien deja y vive el que ha vivido.  
¡Yunque, sonad; enmudeced, campanas!...*

Nota: Al término del acto, Isabel, la hija de Victoria me contó, con emoción y el acompañamiento de una anécdota personal, cuánto apreciaba su madre a Machado. Celebramos la casualidad de que yo hubiera escogido precisamente un poema suyo, sin saberlo ni habernos puesto de acuerdo. Una casualidad que, bien mirado, es sólo relativa. En todo caso, conocer a Isabel, a su entorno familiar y a Pepín, así como escuchar las interpretaciones musicales de Miren (con la evocación de Palmira, cofundadora de la UMER) fue una hermosa herencia que, en la tarde y noche del 28 de septiembre de 2017, me dejó -y tengo por cierto que no solo a mí- Victoria Gómez.



*La segunda intervención musical interpretada por Miren es Vocalise, de Rachmaninof.*

(Actuación de Miren)

*Muchas de las personas que estáis aquí hoy habéis conocido a Victoria, algunas desde hace muchos años. Nos ha parecido en la Junta de la UMER, cuando hemos preparado este acto, que podíamos abrir un turno de intervenciones breves, que puedan recoger los sentimientos, opiniones, apreciaciones y recuerdos de todos los que queráis decir alguna cosa.*

(Abierto el turno de palabras intervienen: Noly Gómez, Ascensión Cereceda, Miguel Bordejé, Enrique Ortiz, Rosa Gómez y Augusto López).

*A continuación, Miren cierra su participación con la Meditación de Thaïs, de Massenet.*

(Actuación de Miren)

*A lo largo de los 21 años ha pasado por este salón de actos casi toda la familia de Victoria, principalmente sus nietos, que, cuando venían a ver a la abuela, si coincidía con algún día de los que había conferencia, se los traía aquí, nos los presentaba y presumía de ellos. Incluso François estuvo en una comida de Navidad con muchos de nosotros, las fotos dan cuenta de ello. Hoy nos acompañan sus hijos: Jean Louis (Pepín) e Isabel, su yerno Eloy, y Luisa su nieta.*

*Con frecuencia, cuando hablaba por teléfono con Victoria o cuando nos veíamos largo rato en su casa o en Burgos, me llamaba Eloy. Cuando le conocí me fijé a ver si nos parecíamos y me di cuenta que Eloy es más joven y más guapo que yo, así que no sé por qué nos confundiría, quizá por algún parecido que no se nota al exterior. Él va a tomar la palabra ahora.*



## TODO LO QUE USTED SIEMPRE QUISO SABER DE LA UMER PERO NUNCA SE ATREVIÓ A PREGUNTAR

**Eloy Torres**

En diciembre de 1992 se celebró en Madrid un homenaje a Rafael Alberti con motivo de su 90 cumpleaños, homenaje en el Palacio de Congresos frente al Bernabéu, que presentó Nuria Espert y en el que habían de participar un sinnúmero de cantantes, bailaores, actores... Era una fiesta que yo no me quería perder, y a la que acudí acompañado de dos bellas mozas bien conocidas de la UMER: Palmira y Victoria. En aquel momento, tanto la una como la otra, vivían un momento especialmente duro por razones bien diferentes: mientras Palmira hacía frente a la prueba más dura que puede vivir una madre, Victoria vivía muy mal y muy sola la reciente separación de su marido. Cuando nos reunimos los tres a la entrada, yo era algo así como el guardaespaldas de dos señoras a las que les dolía todo y no tenían ganas de nada, la vida les pesaba. Tras el citado homenaje en el que hubo música, danza, poesía y sobre todo mucha alegría, nos dirigimos al metro para ir a recogernos a nuestros cuarteles. Fue allí, soy testigo, en la estación de metro que entonces se llamaba Lima, al bajar las escaleras mecánicas, ellas iban delante de mí y tras agarrarse a la barandilla, se miraron y se dijeron algo que debe quedar grabado en la historia de la UMER: “así no nos podemos quedar, tenemos que hacer algo juntas para salir de esto”. Y lo hicieron, vaya si lo hicieron.

Una semana después, merendando en casa de Victoria, ya nos contaron a Isabel y a mí que tenían un nombre, UMER, una idea bien definida de lo que querían hacer, y la única discusión era si la idea se la habían sacado de la chistera o si era algo que ya se había hecho antes en Francia. Yo todavía era muy escéptico, pero derribaron todo asomo de duda cuando unas semanas después ya tenían apoyos de personalidades de la cultura que daban idea de lo seria que era la apuesta, tan seria que aquí seguís.

Como ya he dicho antes, Victoria estaba pasando un momento muy difícil. No desvelaré ningún secreto ahora si digo que lo suyo si no era una depresión estaba muy cerca. Isabel y yo lo vivíamos mal también. Victoria nos llamaba continuamente para que fuéramos a verla y, aunque con pocas fuerzas, siempre tocaba la tecla que hacía falta para que cediéramos: “dile a Eloy que voy a hacer

croquetas, que si venís a cenar o las congelo”. Pero nosotros también queríamos vivir nuestra vida de pareja entonces recién estrenada. A partir de esa fecha de finales de 1992 con la que he comenzado este relato, fuimos pasando de las llamadas casi diarias con el inevitable “¿cuándo venís?”, a alguna llamada semanal diciendo “¿venís este domingo?”, para pasar más tarde a “venid este domingo que os voy a presentar a una amiga de la UMER”, y finalmente ser nosotros los que llamábamos preocupados y ella nos contestaba “este fin de semana no vengáis que estoy muy ocupada con la UMER”.

Tengo que reconocer que yo sufrí por entonces de una sana envidia, porque ella no paraba de contarnos de las reuniones y los encuentros con catedráticos, escritores, músicos y otros intelectuales de envergadura, cuando no nos decía que iba a la Academia de la Lengua porque asistía al discurso de entrada de un conocido escritor. Y ya no hablemos de los conciertos en el Monumental y de otros muchos eventos culturales que me dejó ahora en el tintero, pero que siempre sucedían en horarios para nosotros entonces prohibitivos.

La UMER ya estaba lanzada, con un sistema seguramente muy parecido al que mantenéis actualmente, cuando en 1998 Isabel y yo nos marchamos a Holanda. Victoria se quedaba entonces sola en Madrid, puesto que Pepín ya hacía años que estaba instalado en Francia, en Limoges. ¿Sola? ¿He dicho que Victoria se quedaba sola? No es verdad. Nosotros nos marchamos cargados de ilusiones, pero ella se quedaba aquí con muchas ilusiones más y encima bien rodeada de amigos, todos vosotros. Las llamadas de teléfono se volvieron habituales y las discusiones casi también, porque nosotros queríamos que viniera a vernos a Holanda y no había manera, siempre estaba ocupada con tal o cual conferenciante, además toda una secretaria de la UMER no podía abandonar el barco en pleno curso. Nosotros veníamos cuando podíamos, y era aquí en Madrid donde nos dábamos cuenta de la importancia que para ella tenía todo cuanto rodeaba la UMER. Sinceramente, no sé de dónde sacaba tantas fuerzas para participar en tantas actividades y, al llegar a casa, pasar una parte importante de su tiempo atendiendo llamadas de teléfono. Pero, si a menudo le contaba más de treinta llamadas diarias, y dejaba lo que estuviera haciendo porque nada era más importante para ella que las llamadas de la UMER.

Pasaron los años, Palmira se marchó y con ella otras amigas importantes. Pero como a tantas otras cosas, sobrevivió y se adaptó, no sin esfuerzo, a la nueva situación. Un día me llamó harta porque dijo que con todo el trabajo de secretaria que

tenía que hacer tenía que ponerse al día con un ordenador y aprender a utilizar eso del correo electrónico. Pues aprendió y lo utilizó, vaya que si lo utilizó, y con su impresora en color para imprimir los boletines de la UMER... y las fotos que le enviábamos de su querida nieta Luisa.

Los más allegados sabéis que Victoria era su nombre, pero que en familia le gustaba que le llamaran Nenita, que era como la llamaban sus padres. Ha sido Nenita para toda la familia, pero a mí eso me planteaba un problema, porque me costaba llamar Nenita a alguien que podía ser mi madre y que como tal se comportaba conmigo desde que me vio llorar cuando perdí a la mía con 25 años. Inteligente como era, yo creo que sabía de mis dudas acerca de cómo llamarla, y un día resolvió el asunto muy a su manera: empezó a llamarme hijo, y así yo pude llamarle mamá, que es lo que ella representa para mí.

Hay muchas lecciones que yo he aprendido de Victoria, pero sobre todo quiero recordar su curiosidad infatigable por aprender, su deseo de ondear la cultura por bandera y esa inteligencia para encontrar siempre puntos en común con los demás y dejar de lado lo que pudiera dividir o enemistar.

Los últimos años no fueron fáciles para Victoria. Fue perdiendo movilidad lentamente, y eso le dificultaba meterse en todos los charcos como le gustaba, pero no dejó de venir a las conferencias, ya acompañada por Pura, su cuidadora y acompañante boliviana, hasta no hace tanto. Nos dimos cuenta que todo iba mal cuando supimos que dejó de venir los jueves y, sobre todo, cuando vimos que incluso dejaba de atender algunas de vuestras llamadas, vosotros precisamente, que habéis sido para ella sus amigos, la gran compañía y el gran apoyo en esta etapa de su vida que ha durado casi veinticinco años. Alguien dijo una frase que yo creo que Victoria suscribiría: “no le tengo miedo a la muerte, sino a lo que viene antes”. Lo que vino antes fue difícil para todos, pero ella nunca perdió ni su memoria, ni sus recuerdos, ni las ganas de soñar. Todo le costaba mucho, pero todo fue mucho más llevadero gracias sobre todo a una ayuda impagable que recibió. Por eso quisiera terminar este recuerdo de Victoria agradeciendo a Pura, su cuidadora boliviana, su trabajo y dedicación enorme, porque sin su ayuda y su cariño Victoria no hubiera podido vivir tan dignamente hasta el final, y hacerlo, como ella quería, en su casa. Pura: siempre estaremos en deuda contigo.



*Muchas gracias Eloy por tus palabras.*

*Isabel quiere también tomar la palabra para agradecernos este acto.*

(Isabel ofrece unas conmovedoras palabras)

*En una ocasión, ya cuando estaba bastante malita Victoria, en una de esas visitas de domingo por la tarde, mientras tomábamos Lola y yo una taza de tisani, que ella decía, (mezcla de diferentes yerbas ricas y suaves), le preguntamos qué música le gustaría que le pusiésemos como despedida cuando no estuviese con nosotros. Se emocionó un poco, pensó un momento y nos dijo: “el Coro de los esclavos, del Nabuco de Verdi, es una música que me gusta por su sonoridad y por lo que significa”. Vamos a escuchar este coro en su honor y en su recuerdo con una serie de imágenes que nos recuerdan a nuestra amiga y compañera de tantos años.*

(Como fondo de un montaje fotográfico de momentos de la vida de Victoria, suena el Coro de los esclavos)

*Con esto finalizamos el acto. Muchas gracias a todos.*

Madrid, 28 de Septiembre de 2017



